El Gran Universitario
Fray Alonso de la Veracruz

POR RAFAEL HELIODORO VALLE

Entre las cartas curiosas que don Alfonso Caso guarda, como perlas en relicario de oro, hay una que llegó de los Estados Unidos cuando era Rector y que en el sobre dice: "Fray Alonso de la Veracruz, Universidad Nacional Autónoma de México." La carta no fué entregada al destinatario, porque ocurre que éste murió hace 367 años. No hay que alarmarse por la inocente ironía; pero es lo cierto que Fray Alonso de la Veracruz sigue viviendo en nuestra Universidad y si hay alguien que tiene derecho a residir en esta casa de estudios, es él, porque fué nada menos que uno de los maestros primerísimos.

Fué algo más: había sido discípulo de Fray Luis de León en Salamanca; fué el fundador del Colegio de Tiripetío —"lugar en que hay oro"—, uno de los primeros que hubo en México, y del de San Pablo, de esta capital (1575); uno de los primeros que aprendieron el tarasco; y estableció la primera biblioteca en México, que se componía de sesenta cajones de libros, con los que obsequió al referido Colegio; y también pudo enriquecer las de Tiripetío y Tacámbaro.

Pero algo más: fué, en toda América, el autor de los primeros manuales didácticos para estudiantes, el primer tratado de Física y el primer texto de Filosofía.

Su verdadero nombre era Alonso Gutiérrez. Había nacido en Caspueñas, de la Provincia de Toledo, hacia 1504, hijo de Francisco y Leonor Gutiérrez, quienes le enviaron a la Universidad de Alcalá y más tarde a la de Salamanca, en donde obtuvo el título de doctor en Teología y poco después profesó la cátedra de Artes (Retórica y Lógica).

Vino a México en 1536, invitado especialmente para que enseñase Teología y Artes en el Convento de San Agustín; al llegar a playas mexicanas tomó el hábito agustiniano y desde entonces se le llamó para siempre Fray Alonso de la Veracruz. Era "literato, filósofo y teólogo consumado, hombre de gobierno, de iniciativa y tesón", dice el P. Mariano Cuevas; y hay que añadir que era eminentísimo por lo que llamaba Sor Juana Inés de la Cruz "la estudiosidad". Tan sólo por lo último su figura inspiradora sirve de modelo a los estudiantes universitarios que más que estudiar y aprender lo único que ansían es tener un título.

Tenía Fray Alonso el cargo de maestro de novicios en su convento de esta ciudad, cuando se le trasladó (1540) a la casa de estudios de Tiripetío, en donde continuó enseñando y estudiando, fijándose tan sólo en el reloj de las estrellas; y en cierta ocasión, hallándose ausente el ilustre licenciado Vasco de Quiroga, Obispo de Michoacán, asumió el gobierno de la diócesis.

En 1544 concurrió a la junta eclesiástica que se celebró en esta capital, en la que estuvieron presentes dos personalidades insignes: Fray Juan de Zumárraga y Fray Domingo de Betanzos.

Su época

El siglo XVI mexicano es el de los arquitectos y los humanistas civilizadores. En él sobresalen personalidades de clarísimo resplandor como Hernán Cortés, cuyas *Cartas de Relación* son indispensables para el mejor conocimiento del mexicano, que fué la levadura para construir un nuevo orden económico y social. En seguida surge la figura de fray Juan de Zumárraga, primer Obispo y primer arzobispo de México, cuyo nombre se ha inmortalizado por la introducción de la imprenta en América y por múltiples obras en que intervino como animador; el Virrey don Antonio de Mendoza, que fundó el primer colegio de estudios superiores, en Tlaltelolco, lo mismo que la ciudad de Valladolid (hoy Morelia), y fué quien hizo la encuesta extraordinaria que culminó en el Códice Mendocino. Junto a esos varones esclarecidos, acaso con relieves mayores, hay dos que están identificados plenamente a la historia de la cultura en esta tierra: fray Pedro de Gante, que fundó la primera escuela primaria, la primera escuela de pintura y el primer orfeón, además de su labor catequizadora y arquitectónica, pues se le atribuye la fabricación de más de cien edificios; y fray Bernardino de Sahagún, otro de los franciscanos próceres, fundador de la Etnografía —mucho antes que Lafiteau, según lo ha probado Wigberto Jiménez Moreno—, al escribir la *Historia de las Cosas de la Nueva España*, ciñéndose en la investigación y en la redacción al riguroso orden científico. Y puede añadirse también, en esta enumeración de valores selectos, a los doctores Francisco Cervantes de Salazar, discípulo de Luis Vives, a la vez que uno de los fundadores de la Universidad Real y Pontificia y autor de varios libros, entre los que descuella *Diálogos* —que es imprescindible para estudiar la biografía de la ciudad de México—; don Francisco Hernández, que de médico de cámara de Felipe II pasó a la Nueva España a dirigir la primera comisión científica que inició el inventario de su riqueza biológica.

Unas aceitunas

Me ha referido Federico Gómez de Orozco que cierta vez, hallándose en su convento, rodeado de la soledad sonora, fray Alonso recibió un precioso regalo que le enviaba alguien desde España por medio del capitán de un navío que había anclado en Veracruz. Era nada menos que un botijo lleno de aceitunas. Por aquel tiempo aún no había olivos en tierra mexicana y el regalo no podía ser más exquisito. Haciéndose la promesa de saborearlas, fray Alonso puso el botijo en un ángulo discreto, y qué sorpresa la suya cuando transcurridos varios días las buscó inútilmente, porque habían echado alas, dejando en rehenes al botijo.

Con la tranquilidad de un verdadero filósofo, el ilustrísimo maestro llamó a uno por uno de los novicios; luego a quienes por aquellos días habían tenido a su cargo las faenas en la cocina y el refectorio; y cada quien le daba respuestas nada convincentes. No faltó quien le hiciese notar que, probablemente, el gato del convento las había aprovechado. Transcurrieron varios días, y aunque aparentemente fray Alonso se había conformado con la sutil explicación, tornó a inquirir:

—¡Pero es que los gatos no comen aceitunas!

Y al siguiente día, ampliando sus razonamientos, llegó a la conclusión más risueña:

—Pero está comprobado también que en el convento no hay gato...

Maestro de la Universidad

Hay una fecha de luz en la historia de la cultura en América: el 21 de julio de 1553, cuando los oidores de la Real Audiencia de la Nueva

ESCUDE SU BOLSILLO

COMPRANDO EN EL

Nacional Monte de Piedad

LIBROS DE HISTORIA, INGENIERIA, MEDICINA, MECANICA, MATEMATICAS, CIENCIAS QUIMICAS, ARTE, ETC.

AL 40%

DE SU VALOR ORIGINAL. ASI COMO PLUMAS FUENTE, LAPICEROS, ESTUCHES DE DIBUJO, REGLAS DE CALCULO Y MILES DE OTROS OBJETOS MAS, QUE ES MEJOR QUE USTED LOS VEA.

APARATOS CIENTIFICOS, TEODOLITOS, NIVELES, PRISMATICOS, GEMELOS, INSTRUMENTAL DE CIRUGIA, PLANCHETAS, INGENIERIA, ETC., ETC.

•

NO DEJE DE VISITAR CONSTANTE Y MINUCIOSAMENTE EL NACIONAL MONTE DE PIEDAD,
EN DONDE ENCONTRARA NUEVAS OPORTUNIDADES DE TODO LO QUE USTED NECESITE.

FUNDADO EN 1775

TRADICION Y CONFIANZA

España, presididos por el virrey don Luis de Velasco, declararon que fray Alonso quedaba incorporado al cuerpo docente de la Universidad Real y Pontificia como Maestro en Teología, "atento a que mostró ser maestro en dicha Facultad por tres capítulos generales de lo cual mostró fe y ejecutoria en forma, y se declaró ser el más antiguo en dicha Facultad". En México, fray Alonso fué el primero que dió a conocer la obra de Santo Tomás de Aquino.

Sus libros

El distinguido maestro universitario doctor Oswaldo Robles publicó hace poco tiempo su traducción de *Investigación filosófico natural. Los libros del alma*, que contienen las primeras lecciones de Filosofía que fray Alonso sustentó en México.

Los libros del gran agustino son los siguientes:

1. *Recognitio Summularum* (1554).
2. *Dialectica Resolutio cum textu Aristotelis* (1554).
3. *Speculum Conjugiorium* (1556) y
4. *Physica Speculatio* (1557).

Dejó inéditas su *Resolutio Teologica* y sus *Lecciones sobre algunos libros sagrados.*

García Icazbalceta hace los siguientes comentarios sobre esos libros: "Al entrar en la Universidad el Maestro Fr. Alonso de la Veracruz, no se carecía, por cierto, de libros de textos para las clases; pero él hizo imprimir otros, no poco voluminosos, que tenía preparados desde que en las casas de estudio de su orden había dado el curso de *Artes*, como entonces se llamaba al de Filosofía. Su objeto está bien declarado al frente de uno de ellos. Quería disminuir en algo la obscuridad donde era mayor, movido a compasión del trabajo que los pobres estudiantes pasaban para meterse en la cabeza las sutilezas de aquellos terribles corruptores del escolasticismo. Traduzco este párrafo de la dedicatoria de su *Recognitio Summularum*: «Dedicado hace años en esta Nueva España a enseñar la Dialéctica desde sus primeros rudimentos, cuidé siempre con esmero de guiar a los discípulos como por la mano, en el camino de la Sagrada Teología, de suerte que no envejeciesen en aquellos laberintos, ni retrocediesen por la magnitud de las dificultades. Pensaba yo y consideraba a menudo cuántas vigilias y cuántas fatigas había empleado en otro tiempo, o mejor dicho perdido, en aprender aquellos silogismos caudatos, aquellas oposiciones impenetrables, y otras mil cosas de ese jaez, que antes ocupan y agobian al entendimiento, que le pulen, aguzan y adornan. Más perjudican ciertamente, que ayudan y guían: en suma, allí sólo se aprende lo que bien pudiéramos olvidar. Plenamente experimentado y convencido de ello, me propuse enseñar de tal modo cuanto pertenece a la Dialéctica, que quitado todo lo superfluo, nada echara de menos el estudioso. No trato de poner cosa nueva, sino de dar a lo antiguo tal orden, que en brevísimo tiempo puedan los jóvenes alcanzar el fruto.» Esto escribía en 1554. Iguales propósitos manifestó en los prólogos de sus otras dos obras, *Dialectica Resolutio* (1554) y *Physica Speculatio* (1557). Cuando años adelante fué a España, hizo reimprimir allí las tres, acaso con el designio de introducir también por allá esos textos reformados. Preciso es confesar, sin embargo, que el P. Veracruz procedió con suma timidez, y si algo quitó de aquellas enmarañadas doctrinas no ganaron mucho en claridad. Sobre todo, en lo que llama Física, es tan obscuro e inútil como puede serlo cualquier otro de su escuela: llena sus páginas con la máquina metafísica que ocupaba el lugar de la verdadera física experimental. Cercenó algunas ramas superfluas, pero no se atrevió a meter de lleno la hoz en la maleza. Era hombre de su siglo, y en justicia no podemos exigirle que se adelantara a él: esto a muy pocos es dado por singular privilegio. Pero aun cuando sus libros no produjeran gran mejora en la enseñanza, son notables por su intento, y porque revelan un espíritu menos servil que el de la generalidad de los profesores de su época, quienes solían mirar con supersticiosa veneración el vetusto edificio, y no permitían que se le tocase ni en un ápice. Escribió también Fr. Alonso un tratado de Matrimonio con el título de *Speculum Conjugiorum* (1556) que reimprimió en Europa y adicionó para arreglarle a las nuevas decisiones del Concilio Tridentino en la materia."

Hombre de excelsa finura espiritual, trabajador que jamás conoció la fatiga, sembrador que al cabo de cuatro siglos sigue cosechando, fray Alonso de la Veracruz, después de haber sido cuatro veces provincial de su Orden y de haber leído innumerables libros que embelleció con sus notas marginales, tuvo a bien rehusar la mitra de Michoacán (1572), a la muerte del santo obispo Quiroga, y después de hacer todo el bien que le fué posible, murió (1584) en medio de la consternación de todos los que le admiraban y amaban. Entre los elogios que en aquella ocasión se oyeron, sobresalió la oración fúnebre que dijo el franciscano fray Pedro Ortiz, y que —según García Icazbalceta— no nos ha sido dable conocer para acercarnos más a la gloria del civilizador eximio cuyo nombre resplandecerá mientras se siga pronunciando el nombre de México.

Universidad y Nación

Palabras pronunciadas por el *Lic. Agustín Yáñez* en el homenaje rendido a la Universidad por un grupo de hombres de negocios, en el Club Rotario, el 18 de septiembre de 1951.

Uno de los temas que suscita el IV Centenario de la Universidad Mexicana, es el disputar si en efecto se trata de la más antigua Universidad del Continente americano.

La cuestión queda fuera de duda. La Cédula Real que instituyó jurídicamente la Universidad de Perú antecede a la de México en cuatro meses; pero ésta fué la primera que puso en práctica el mandato legal, abriendo sus puertas, con pública solemnidad, encabezada por el Virrey de Nueva España, el 25 de enero de 1553; le corresponde, pues, la mayor antigüedad.

El asunto tiene sólo el interés actual de fincar la emulación que nuestro abolengo, en orden a la cultura, debe hacernos sentir a los mexicanos de hoy, para ser fieles al espíritu que fundó en el siglo XVI, con la Universidad, la primera imprenta del Nuevo Mundo. Nobleza obliga. Nuestra nobleza proviene de aquel espíritu, genuinamente humanista, poderoso espíritu creador, encarnado en Zumárraga y en Vasco de Quiroga, en Las Casas y en Motolinía, en Alonso de la Veracruz y en Sahagún, en Gante y en Garcés, en Alarcón, y en los ingenios indígenas Pablo Nazareo, Antonio Valeriano, Fernando Alva Ixtlilxóchitl, Hernando Alvarado Tezozómoc. Esta es nuestra estirpe. Tal es nuestra honra y nuestra responsabilidad.

Por tanto, más importa saber, no si la de México es la más antigua, sino si es Universidad que responde, ahora y aquí, a los imperativos de la nación, del mundo y de la época; cuál es el justo sitio que ocupa en el concierto de las Universidades modernas; qué le falta para escalar el rango superior entre las primeras.

La Universidad es la más exacta medida y el espejo del pueblo. Mayor, sin duda, que la responsabilidad de los universitarios mismos, es la de las fuerzas vivas de una nación respecto a la Universidad, cuya fuerza y eficiencia van en razón directa del interés que aquéllas pongan en ésta. ¿Cómo exigirle algo si se le da nada, si se la relega en un doble ostracismo económico y moral?

Venturosamente al cumplirse cuatrocientos años de haber sido fundada en México la Universidad, el Gobierno de la República está por terminar una de sus empresas gigantescas: la construcción de la Ciudad Universitaria. Su diseño material responde a un diseño espiritual de proporciones imprevisibles, que determinará la transformación absoluta de la Universidad. Pero esto no puede ser obra ni del Gobierno, ni de los universitarios. La obra es de tal magnitud, económica y moral, que si las fuerzas vivas de México, el pueblo entero, no cooperan con auténtico interés a la solución de los problemas que planteará el cambio, la gran ciudad nueva sólo será el mausoleo costosísimo de nuestra Universidad.

Pero ya queda dicho: los pueblos se retratan en sus Universidades. Una nación que ha sabido y podido construir la Ciudad Universitaria de México, no podrá desentenderse de la institución. El firme propósito de convertirla en la primera del Continente americano, así como es la más antigua, será el mejor modo de celebrar su IV Centenario.

SON UNIVERSITARIOS MEXICANOS

LOS TECNICOS DE LOS

Laboratorios "MYN", S. A.